

La noche de Lino Novás Calvo

«**L**a noche de Ramón Yendía» se titula uno de los mejores cuentos de Lino Novás Calvo. En él narra la odisea de un taxista obligado a ser confidente de la policía durante la dictadura de Gerardo Machado en Cuba. Los revolucionarios habían utilizado su automóvil, pero después de ser torturado, Ramón los delata y, en contra de su voluntad, se convierte en informante de la «porra» machadista. La acción del cuento tiene lugar el día de la caída del dictador —12 de agosto de 1933—, del alba a la noche de ese día. Ramón piensa que se va a descubrir su complicidad con la policía y el terror se apodera de él. Un equívoco hace que comiencen a perseguirlo y Ramón se lanza a una enloquecida carrera en su carro por las calles de La Habana. Aquí se concentra la tensión del cuento, en esta desesperada huida que termina con la muerte del protagonista. Entonces salta la amarga ironía de la historia: al extraer sus perseguidores el cuerpo sangrante de Ramón del interior del vehículo ven que no es la persona que buscaban; nadie lo conoce, nadie sabe quién es. Y el único que podía delatarlo, su enlace con la policía, está muerto, ya ha sido «ajusticiado».

El cuento fue escrito en España en 1933. No sabía su autor que cuatro años más tarde él mismo se encontraría en una situación semejante a la de su personaje. Él también conocería una noche parecida a la de Ramón Yendía.

Era 1937. Hacía un año que la guerra civil había empezado. Un congreso de escritores antifascistas se celebraba en Madrid. De repente, en una de las sesiones que se desarrollaban en la Casa de la Cultura, uno de los delegados acusó a Novás Calvo de haber escrito contra la insurrección de los mineros asturianos en 1934. La acusación era grave, ya que de ser cierta conllevaba la pena de muerte. El acusador era un «intelectual» llamado Carmona Nanclares. Prácticamente nadie lo conocía, pero como decía tener pruebas, Lino fue encarcelado. Lo encerraron en el sótano del palacio Spí-

nola. Allí pasó las horas de una noche angustiosa. El amanecer podía traerle la muerte pues, si se comprobaba la acusación, sería fusilado. Es posible que en el transcurso de esa noche, Lino pensara en lo que había pensado el héroe de su relato. Premonitoriamente él había escrito: «A Ramón le parecía que éstas eran las últimas horas de su vida, y que muy pronto, tal vez antes del alba, todo lo que sus ojos habían visto y sus oídos escuchado, habría desaparecido, disuelto en una nada eterna, como si nada hubiese existido nunca en el mundo, como si él mismo, Ramón Yendía, nunca hubiera nacido, como si todo lo que había amado, sufrido, gozado no hubiese sido jamás real».

Por suerte, el acusador no pudo presentar ninguna prueba y Lino fue liberado. Pero aquello lo marcaría para siempre. Él habría querido dejar España inmediatamente, pero su partida tal vez hubiese despertado sospechas sobre él. No obstante haber demostrado su inocencia, una cierta desconfianza lo entornaba.

Lino Novás Calvo había nacido en Galicia, pero emigró a Cuba de niño, y su vida en el Nuevo Mundo había sido tan accidentada como lo son muchos de sus cuentos: pinche de cocina, mozo de cafetería, obrero en una fábrica de azúcar, carbonero, taxista, inmigrante clandestino en los Estados Unidos... Pocos escritores pueden contar con una vida tan novelesca o tan novelada. En 1931 vuelve a España, aparentemente como corresponsal de la revista cubana *Orbe*, pero en verdad para reconocer su patria de nacimiento y una cultura que es la suya o que está en sus raíces. Y aquí, en España, en el Madrid de 1933, escribe una novela que se inscribirá como una pieza ejemplar en el mosaico de la literatura hispanoamericana.

Se titula *El negrero* y Novás Calvo la escribe por encargo de la editorial Espasa-Calpe, que le pide un libro de «aventuras». El dato es del propio autor, pero esto no debe ser muy exacto, pues seguramente Novás informó a los editores el libro que tenía en mente, y no es casual que versara sobre la esclavitud africana en América. Aunque no carecía de acción, difícilmente podía inscribirse en la literatura de aventuras. Como ha visto el crítico William Luis, «el deseo de Novás Calvo de escribir *El negrero* coincide con el creciente interés por los negros que tiene lugar en Cuba y en Europa». El mismo Novás ya se ha sentido atraído por este tema, pues el primer cuento que le publica la *Revista de Occidente* se desarrolla en el ambiente marginal de los negros habaneros.

En dos meses termina la obra, a la que subtitula *Vida novelada de Pedro Blanco Fernández*, como para precisar que no se trata de una ficción pura sino que tiene un basamento real, histórico. Y aquí aparece Miguel de Unamuno. Lee la novela, y en una de las tertulias de la «Cacharrería» que

tienen lugar en el Ateneo, la comenta elogiosamente. Celebra en ella no sólo lo subyugante del relato, sino la capacidad de narrar del autor y su muy peculiar estilo, directo, hecho de cláusulas cortas, muy gráfico, aparentemente desmañado, pero poseedor de una poderosa carga sugestiva. Es sin duda una escritura absolutamente moderna, cuya cepa hay que buscar en la narrativa norteamericana, que Novás conoce a fondo, pues ha mantenido relación epistolar con Sherwood Anderson —cuyo volumen de cuentos *Winnesburg, Ohio* se puede decir que inicia la renovación de la literatura americana— y será traductor de Faulkner, Hemingway, y de los ingleses D.H. Lawrence, Aldous Huxley, dando a conocer en más de un caso a estos creadores en el mundo hispánico.

Unamuno no conocía al autor de *El negrero*, pero en modo alguno desconocía las letras cubanas, ya que era uno de los pocos que en España habían sabido apreciar el genio de Martí. Se carteaba con Jorge Mañach, habiendo colaborado en la *Revista de Avance*, de la que el ensayista cubano fue uno de sus promotores, era amigo personal de Chacón y Calvo, había celebrado los poemas de Nicolás Guillén, sobre todo su romance «Velorio de Papá Montero», de franca huella lorquiana, y estimaba en todo lo que valía la vasta obra de Fernando Ortiz.

El negrero fue un libro de éxito y Espasa-Calpe lo sigue reeditando en su colección Austral. Su importancia puede medirse por el siguiente hecho: en el mismo año en que aparece, se publica, igualmente en Madrid, *Ecué-Yamba-O* de Alejo Carpentier, otra novela, como se sabe, de tema negro. Pues bien, mientras Carpentier repudió siempre ésta su primera novela, la de Lino es hoy un clásico de la literatura negrista en Latinoamérica.

Mas Lino no sólo mereció el elogio de Unamuno sino que Hemingway, con quien hizo amistad quizá durante la guerra civil española o posteriormente en Cuba, le confió la versión castellana de la novela que le acarreó el premio Nobel. La traducción de Lino de *El viejo y el mar* fue dada a conocer primero por la revista norteamericana *Life* y luego en dos números sucesivos de la *Bohemia* cubana. Cuando Hemingway murió en 1961, Lino le dedicó un artículo, un «adiós», que es un retrato maestro del tremendo escritor norteamericano y, por su sinceridad, de él mismo, es decir, del propio Lino. «Lo que le llamaba la atención (a Hemingway) —fija Novás Calvo en esta deslumbrante asimetría— era que ni mi tono conjugaba con lo que sabía de mí: que —como él— había sido corresponsal de guerra, que —como él— había escrito cuentos de lucha y muerte, que —como él— había estado en el lugar de los hechos. Esto no rimaba con la persona que tenía delante. No podía haber mayor contraste: él era grande y fuerte; yo, pequeño y endeble; su voz era recia y dura; la mía, débil y blanda;

él era brusco y altanero; yo, cauteloso y humilde. Otra paradoja: Hemingway se parecía a su obra; yo no me parecía a la mía».

Volvamos a su noche. No era la primera vez que Novás Calvo era víctima de recelos y acusaciones. Años atrás, al final de la década de los veinte, siendo todavía chófer de taxi, colaboraba en la *Revista de Avance*. Asistía calladamente a sus reuniones, limitándose a escuchar a los escritores —a veces extranjeros— que intervenían. «Luego —ha referido el propio Lino— yo iba por la noche al café Yauco a hablar con los apristas y comunistas que se reunían allí. Estos hablaban mal de los que dirigían la revista. Decían que representaban a la burguesía y que toda la burguesía estaba podrida. A mí mismo me atacaban porque era amigo de ellos, a pesar de mis poemas proletarios».

La desconfianza de los izquierdistas hacia Novás Calvo se evidenció aun en el Congreso de Escritores Antifascistas. A pesar de que él se hallaba en España, el Partido Comunista cubano no lo escogió como representante en el evento. Se eligió a Nicolás Guillén, a Juan Marinello, a Carpentier y a otros dos escritores menos conocidos para integrar la delegación. A él se le excluyó.

Lino permaneció en España hasta el final de la guerra civil. En 1939, «solo entre miles de milicianos derrotados, abandonado por sus compañeros» —cuenta el crítico cubano Salvador Bueno— cruzó la frontera francesa. Gracias a la ayuda del polígrafo cubano Chacón y Calvo pudo embarcar hacia La Habana.

La guerra lo había herido definitivamente. Su gran desilusión política, así como lo que vio y padeció durante la contienda fratricida, le dejaron —en palabras de él mismo— «un indisipable hedor a cadáver», y todo el espanto de lo vivido se cifra en esta confesión suya: «Lo que vi en la guerra española es como para estar vomitando el resto de mis días».

Los cuentos que escribe en los años que median entre su regreso a Cuba y 1960 están penetrados de un sentimiento de irracionalidad humana, de disolución de la personalidad, de lucha caótica por la sobrevivencia. La pesadilla de la historia como un proceso de alucinaciones es el centro de «Aquella noche salieron los muertos»; la víctima de «Un dedo encima» apela a la violencia para liberarse del círculo de miedo que lo atenaza; el protagonista de «La visión de Tamaría» sucumbe a su pánico de nadar desorientadamente en el mar. Todo esto responde al concepto agónico que de la existencia tenía Lino, y que se resume en esta expresión: «La vida la considero una lucha brutal. A veces nos engañamos a nosotros mismos para no ver la vida tal como es».

Como si no pudiera deshacerse de sus fantasmas, los veinte años de relativa estabilidad que conoce tras su retorno a Cuba, se quiebran al triunfar

la revolución. En 1960 pide asilo político en la embajada de Colombia en La Habana y ese mismo año parte al exilio, hacia los Estados Unidos.

Si su viaje a España tres décadas antes podía verse como un reencuentro —ya que, como hemos dicho, había nacido en Galicia en 1905—, ahora su forzada salida era, llana y descarnadamente, un destierro. No obstante, literariamente esta extrañeza va a ser fructífera. En una década escribe más de una decena de cuentos. Y si para no dañar la causa en la que había creído —la república española— antes no escribió ni una palabra sobre su insensata guerra, ahora la revolución cubana va a ser tema constante de sus creaciones. Así, cuando en 1970 publica su libro *Maneras de contar*, de 16 historias que lo componen, 13 hacen referencia a la situación política de su país. La irracionalidad que veía en el devenir humano se acentúa aquí. Los acontecimientos cubanos reafirman su convicción de que un medio social de violencia desintegra a la persona, la desequilibra irreparablemente. Es opinión de Raymond D. Souza, uno de los críticos que más certamente ha analizado la obra de Novás Calvo: «Sus cuentos del período revolucionario enfatizan el ilógico curso de los acontecimientos humanos y las profundas tragedias que ocurren cuando el conflicto polariza a los hombres. Cuando las personas se convierten en enemigos mortales, devienen objetos deshumanizados creados para el exterminio en un sistema donde la justicia ha desaparecido».

No es de extrañar entonces que en un cuento de esta época, «La vaca en el tejado», exponga la idea de que en una sociedad que se ha vuelto loca, la locura es el único refugio. El insano monólogo de Rita equivale al turbulento cauce que está siguiendo la revolución. Y en «Fernández al paredón» y «Copey abajo» un interesante detalle autobiográfico es introducido. En el primer cuento el que persigue rencorosamente a Fernández, un policía de Batista acusado injustamente de ser un asesino, se llama Nanclares, y en el segundo, quien manda el pelotón de fusilamiento que ejecuta a un campesino se apellida Carmona. Obviamente, estos dos apellidos remiten al individuo que lo acusó en la guerra de España. Como si la maldad fuera recurrente o tuviese un mismo rostro.

Lino Novás Calvo murió el 24 de marzo de 1983. Y murió en el exilio, cual si fuera una condición ineluctable de su vida. Y también bajo el peso de una constante que ha perseguido a la intelectualidad cubana, ya que del padre Varela a Martí y a Jorge Mañach sus hombres más ilustres se han visto compelidos al éxodo. La república de 1902 parece haber sido sólo un hiato en este eterno peregrinar.

César Leante

